

sas. Con los brazos levantados al aire y gesticulando, pretendía curar a los heridos y a los enfermos, contraviniendo así a las leyes. Lo mismo en el campo que en las ciudades predicaba la guerra civil, excitaba al desprecio y al odio entre los ciudadanos. Acudían a él de todas partes hombres que se refugiaban en los fosos o en las puertas de las casas, unos cojos, otros sordos, otros tuerzos, otros llenos de repugnantes llagas. El hombre honrado que lo veía, indignado, se encerraba en su casa al notar que pasaba ese juglar con su abominable séquito. Un día durante una fiesta, no recuerdo cuál fué, ese hombre tomó un látigo; declamando y vociferando, hizo huir a los mercaderes, autorizados para vender: este hecho es incontestable. Aquellos mercaderes honrados tenían permiso para vender. Acompañábale una joven, a la que llamaba hija, y peroraba por todas partes tratando de destruir la familia, la religión y la sociedad; socavaba los cimientos de la propiedad y de la moral verdadera, y el pueblo le seguía, abandonando el cultivo de los campos, cosa altamente perjudicial. Atacaba a los ricos y adulaba a los pobres, asegurando que en la tierra los hombres son iguales y hermanos, que no hay grandes ni pequeños, ni esclavos ni amos, y que los frutos de la tierra pertenecían a todos: tronaba siempre contra los sacerdotes; en una palabra, su boca sólo profería blasfemias. Todo esto sucedía en público, y predicaba estos horrores a los primeros miserables que llegaban hasta él, dando siempre la preferencia a los que no tenían casa ni hogar. Era necesario, pues, destruirle; las leyes estaban terminantes, y el poder mandó que fuese crucificado.»

Estas palabras, dichas con suave

acento, me chocaron, y le pregunté: «¿Quién sois para hablarme de ese modo?»—«Me llamo Elizab, soy escriba del templo; por eso comprendo que era indispensable hacer de él un castigo ejemplar.»—«¿A quién os referís?» le pregunté. Sorprendido, me contestó:—«¿A quién he de referirme? A ese vagabundo que se llama Jesucristo.»

Jersev, diciembre de 1857.

### XIII

#### FUERZA DE LAS COSAS

Que ante los pícaros suspire el hombre honrado, que la historia sea repugnante o insulsa, que el imperio cojee con Talleyrand y bizquee con Parieu; que el diestro golpe de mano de un estafador afortunado se llame gracia de Dios, que el Papa haya cambiado su báculo en maza, que el Campo de Marte se vea piafar bajo la espuela del general Asesinato y el ayudante de campo Robo; que fuera del Elíseo un príncipe bandolero, un filibustero saliendo de la isla Tortuga, asesine, extermine, degüelle, devaste y asole; que los Concios cristianos, golpeando el *tam-tam*, vociferen en presencia de Soufflard, *Affollite portam*; que para aplaudirle tenga el crimen cien periódicos infames, los que en la casa de Oro garabatean los Romieux sentados sobre las rodillas de las mujeres, con el vaso en la mano, y los que San Ignacio inspira a sórdidos bribones que en los viles tribunales donde la mirada de Moreau del Sena ofende a Moreau de Meurthe, la justicia haya recibido golpes horribles; que en su lecho de muerte la ley sea violada por los centuriones y sufra las angustias de la agonía; que el ser pri-

vilegiado creado por Dios para ser genio, el hombre, adore postrado de hinos al lobo hecho emperador; que una carcajada abreviada por el horror sea el resumen de todo lo que hoy vemos; que Hautpoul venda su espada y Cu-cheval su pluma; que todos los famosos malhechores copiados en pequeño vuelvan a vivir; que se llene un Senado de estúpidos y nulidades, cuyo servilismo, propio de negros y mamelucos, hubiese desagradado al propio Mahmoud y hastiado a Soulouque; que el oro sea el único culto, y que en este tiempo venal, en que la caja es Dios, sea cardenal el bolsillo; que la vieja Themis no sea más que una prostituta besando a Mandrín; que Montalembert suelte su baba apoyado de codos en el altar; que Veuillot, por Sibour vacíe el bolsillo de los fieles; que en los bailes de la corte se vean ostentar lujo deslumbrador tantas señoronas que ayer arrastraban sus andrajos por las aceras; que Haynau sea en Brescia peor que Lautrec; que en todas partes, desde las Siete-Torres hasta las Columnas de Hércules, Napoleón, con la mano en la cintura, retroceda, porque el águila es vieja, porque Esling encañece, Marengo tiene la gota y Austerlitz tiene reuma; que el czar de Rusia tiemble como el nuestro; que el oso negro y que el oso blanco se teman mutuamente; que montado en su gran caballo y llevando su enorme penacho, reviente de gozo Saint-Arnaud ante Florival, fuerte en los combates y en las pantomimas del baile pírrico; que Sodoma se manifieste y París se oculte; que Escobar y Houdin vendan el mismo unguento; que merced a esos saltimbanquis mezclados con los bandidos, la San Bartolomé termine en martes de Carnestolendas: nada de esto te im-

porta, tranquila naturaleza. Eres una Isis velada y sentada al umbral de nuestra puerta, impenetrable abuela de miradas tiernas, vieja como Cibeles y fresca como Iris, ante quien se desvanece lo que pasa en la tierra; porque toda fealdad se disipa ante tu esplendor, y no te informas de quién fué el primer bribón o el primer tirano que fué canonizado en San Juan de Letrán; ni nada te importa del 2 de Diciembre, de los soldados ebrios, de las leyes conculcadas ni de los cadáveres mezclados con botellas rotas: indiferente sigues tu flujo y tu reflujo. Cuando el morador de los arrabales se duerme, negándose a cargar su fusil con balas de buen calibre; cuando el pueblo francés no es ya pueblo libre; cuando yo aplico a este letárgico la cantárida de mis versos, tú sigues soñando. A menudo, desde el fondo de sombrías mazmorras sale como de un infierno el murmullo de los desgraciados, que Baroche y Rouher guardan bajo llaves y cerrojos, y tú permaneces impasible: el manantial de la indiferencia llena siempre tus urnas, y presencias los atentados nocturnos, los crímenes y furores de Roma crucificada y de París ahorrado, las asechanzas de los reyes, los falsos juramentos y el tumultuoso clamor de las almas indignadas. En la tranquilidad en que estás refugiada dejas fomentar la perturbación y renacer un pasado, que ya habíamos sacudido; dejas que Francia, de luto, lance el postrer suspiro; que los cobardes se oculten en sus agujeros como los topos; que gruñan los leones y que rujan los poetas. Miras sin conmoverte, sin temblar y sin sublevarte pasearse por tus jardines, bajo los pinos y por tus llanuras, al más vil de todos esos infames. Mientras que el horror sale de los Senados y de los

cónclaves; mientras que en los Estados Unidos existen aún mercados de esclavos, como en Roma antes del nacimiento de Jesucristo; mientras se venden hombres por dinero, tú hinchas el mar, haces aparecer los astros, tiendes el arco iris, llenas de enjambres los matorrates, el aire de perfumes y los nidos de cantos, haces que se abran las rosas y das albura al lirio, y cuando hartos de liviandades el pensador, entristecido, huye de las poblaciones y busca tu soledad, le dices:—«Ven a mi seno; a mí nadie me corrompe; yo te amo», y esparces desde la obscuridad en la frente, que abrasa, el suave frescor de la hierba y del ramaje de los bosques. Momentos hay en que al ver que entre las traiciones diriges tranquilamente los meses y las estaciones, indiferente y fría, suceda lo que suceda, nos asombras. Cuando los proscriptos mártires del pueblo elegido por Dios mueren estoicamente sin proferir un lamento, parece que no pienses en otra cosa que en dorar y pintar las alas del escarabajo que se arrastra por entre las tumbas. Cobijas bajo el mismo cielo al justo y al injusto. Preocupada por los insectos, por las piedras, por los arbustos, en los movimientos inciertos del mundo animal, parece que les conozcas el mal y el bien, y dejas al hombre que sufra sus amargas desdichas. ¿Qué te importa de Sócrates? Tú misma le preparas la cicuta. Creaste la necesidad, el instinto y el apetito; el fuerte devora al débil y el grande al pequeño; el oso devora al ratón y el buitro a la paloma. Naced, hormiguead, morid, muchedumbres; vivid, amad, creced, matad, que la pradera reverdece, la noche sucede al día, el asno rebuzna, el caballo relincha y el toro muge. Diríase que eres ciega, naturaleza, porque no ves lo bueno ni

lo malo; en el inmenso olvido en que vegetas, ni echas de ver a esos dos lejanos gigantes que están inclinados sobre tu abismo: Satanás, padre del mal, y Caín, padre del crimen.

¡Error, error gigante de cien ojos! estás encargada de un trabajo grande, santo y misterioso, me guardaré muy mucho de blasfemar de ti, naturaleza. Mientras que la cadena que arrastramos oprime la cintura, mientras las nieblas se extienden por todas partes, los principios ocultos, los elementos parcidos, el río, el volcán, el gas que se condensa en el aire y se dilata, los filos, el éter, el germen sordo y lento, son los obreros que trabajan en las sombras, que no tienen sueño, que no se fatigan, que son innumerables. Tú, libertadora sombría, su trabajo en la obscuridad; para trocar en el nuestro infierno, todas tus fuerzas se van salen del fondo de los abismos.

Murmuras en voz baja:—«Raza Adán, que estás sufriendo; pensador que a la fuerza os veis ligados al antiguo mundo, cada una de mis leyes va desligando de él. Cada día surge una nueva claridad; el pensador acecha el azar revela; el viento siembra y el cálculo recoge. Fultón, Galvani y Volta estudian los secretos profundos que vez en cuando nos comunicas; y el hombre, deslumbrado, descifra poco a poco las páginas de tu libro. De día en día se descubre más amplio horizonte. Cada descubrimiento de la humanidad como golpe de ariete que se da en la pared de una cárcel, hace temblar el mundo. El himeneo de las naciones se realizándose. Las pasiones, los instintos, las costumbres y las leyes, las revoluciones que hacen progresar al género humano y cambiar de formas, París, Londres y Nueva Yorck, los continen-

tes inmensos, tienen por lazo que las une un alambre que se estremece en el fondo de los mares. Fuerza misteriosa, fuerza arrancada al rayo, confunde en la corriente de las aguas la corriente de las ideas. La ciencia, hinchando sus olas desbordadas, sumerge troncos y cetros, ídolos y potentados. Todo se mueve, piensa, camina y crece. El amor sucede a las lágrimas, el agua viva al agua muerta y la boca que canta a la boca que muere. La ciencia, semejante a los antiguos pontífices, unce a sus carros tonantes hipógrifos horrorosos, y los animales de bronce respiran fuego por las narices. El globo esclavo cede al espíritu soberano. Gradualmente, con lentitud, al recibir tu hálito, la libertad sale de la hierba de la llanura, de las piedras del camino, de las ramas de los bosques, irradiando, y trueca las leyes de la ciencia en decretos, destruyendo el esqueleto del antiguo universo, llenando el fuego que resplandece, el agua que salta, el aire que pasa rugiendo en el trueno y errando por los torrentes, haciendo imposible el reinado de los tiranos. La materia, en otros tiempos muerta, hoy tiene vida; aplastaba ayer al hombre y ahora lo arrastra. El bien germina sin cesar y la alegría en todas partes. Puedes estar ufana, naturaleza, ya que, impulsada por las miradas de Dios, nos prodigas los dones que tu misterio difunde; y porque contemplas, como una madre se inclina para ver al hijo que llevó en el vientre, salir la humanidad de tu seno inmortal.

¡Vida, idea, encarnaciones que bullen en todos los cerebros! El progreso, aliado con ellas sus conquistas, gana un punto después de otro y se propaga a modo de contagio. De ese oscuro montón de hechos maravillosos, que ninguna mirada puede abarcar y que

carecen de nombre en el mundo, creas, fuerte como el águila, el espíritu del hombre, reformando costumbres, ciudades, códigos y religiones.

¡Oh naturaleza, este es tu génesis sublime! Nos deslumbra contemplarte desde este supremo punto de vista. El mundo, reclamando el vuelo que Dios le promete, vibra, y desde ahora, grave y pensativo, silencioso, inclinado sobre el porvenir, sobre la creación y las criaturas, lanza de sus pupilas vaga claridad; y el sabio y el filósofo distinguen del mundo en los radiantes ojos la palpitación de las innumerables alas del porvenir.

Jersey, 23 de mayo de 1853.

## XIV

## CANCIÓN

¿En qué piensa el proscrito? En el campo sembrado que abandonó, en la carreta, en las herramientas, en su choza, en la Francia abatida. Esos son sus recuerdos. Mientras se les otorgan rentas a los Dupuis, el pobre desterrado sufre y llora; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin patria.

\*

\*\*

El obrero sueña en el taller, el labrador en su casita, en las macetas de flores colocadas en las gradas, en el fuego crepitante del hogar, en la cristalería resplandeciente y en el lecho de la abuela en el fondo de la habitación, mientras gozan en palacios de todos los esplendores del lujo los que desterraron a los defensores del derecho; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin patria.

\*  
\*\*

Ya la abeja no elabora la miel; ya no ve revolotear por las mieses al gorrion, comunista alado, que se lleva las espigas de nuestros campos. Un castillo de los tiempos de Pipino se derrumba junto a la alquería; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin patria.

\*  
\*\*

Con su lima y su martillo, él sostenía a su mujer y sus hijos; desde el alba hasta la puesta del sol él trabajaba y el trabajo regocijaba a su alma. ¡Oh, trabajo santo, luz y llama que alimentaste la juventud de Watt, de Jacquar y de Papin!; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin patria.

\*  
\*\*

Los días de fiesta el trabajador reposaba alegremente, cantando las canciones de febrero, con la blusa desceñida y con la gorra hacia atrás; iba a los arrabales a comer un conejo dudoso, y a beber vino de Hungría y a pasar alegre el día; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin patria.

\*  
\*\*

Los domingos el labriego llamaba a Juana o a Juanita, y les decía:—«Venid con nosotros, poneos los vestidos de muselina, vámonos a las afueras a bailar, a reir y a divertirnos;» que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin patria.

\*  
\*\*

Los desterrados viven meditabundos y va llenándose de angustias su corazón desgarrado, contemplando los cipreses que sombrean las tumbas en el cementerio, y unos pensando en Alemania, otros en el bello país transalpino y otros en Polonia; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin patria.

\*  
\*\*

Un proscrito, cansado de sufrir, exprimaba alegremente, y yo le pregunté:—«¿Por qué quieres morir?»—«¿Para qué vivir?»—me respondió; añadiendo:—«Así me libro del Nerón que impera y que encadena a la Francia abatida; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin patria.»

\*  
\*\*

«Muerdo por no ver los campos en los que veía rayar el día; muerdo por no oír los cantos que oía desde mi ventana. Mi alma está donde yo no puedo estar. Entre cuatro tablas de pino enterradme en la pradera; que no se puede vivir sin pan, que no se puede vivir sin patria.»

Jersey, 13 de abril de 1853.

## XV

Hay días nefandos en los que, seducidos por alegría bochornosa, los pueblos se entregan a los hechos consumados y gozan de ellos.

\*  
\*\*

Entonces, de las naciones, mecidas por fatal sueño, se desprende la virtud gota a gota, como salta el agua de una esponja.

\*  
\*\*

Entonces, ante el mal, ante el vicio y ante la locura, los vivos, imitando a las endebles cañas, se doblan a todos los vientos.

\*  
\*\*

Entonces se entregan a festines y a locuras, desoyendo la voz del alma; comen, beben, cantan y bailan y están satisfechos de ser infames.

\*  
\*\*

El crimen triunfante, glorificado por inmundos ministros, ríe siniestramente, y en sus tumbas se estremecen las sombras de nuestros antepasados.

\*  
\*\*

En la fiebre de esta vida material amodorrados, oyen de pronto en los aires la voz de un clarín que grita:—«¡República! ¡Libertad!»

\*  
\*\*

Y el mundo, despertado por esos vibrantes sonidos, se queda como el que se emborracha de noche, cuya embriaguez disipa los rayos del sol naciente.

Jersey, 1853.

## XVI

## ÚLTIMA PALABRA

La conciencia humana ha muerto; ese hombre se ceba en ella en la orgía; su cadáver le place, y alegre vencedor, con los ojos enrojecidos de sangre, se vuelve y da un bofetón a la muerte.

\*  
\*\*

El juez se prostituye por recurso; el sacerdote hace que se estremezca el hombre honrado, que se queda despavorido; destierran el dinero de los campos del labriego, y Sibour revende a Jesús, que Judas había ya vendido.

\*  
\*\*

Reina, César, que eres el elegido del Dios de los ejércitos; el pueblo te obedecerá, porque te debe obediencia. Así dicen sus secuaces, cantando con las manos cerradas, entre cuyos dedos se ven brillar cequíes de oro.

\*  
\*\*

Mientras se vea triunfar a ese príncipe que el Papa bendijo, a ese monarca malandrín que lleva en una mano el cetro y en la otra las pinzas, a ese Carlo-Magno, que Satanás ingertó en Mandrín;

\*  
\*\*

Mientras se ceba mascando el juramento, la virtud y el honor, y ebrio vo-

mite su oprobio sobre nuestras glorias,  
aunque aumentase la abyección públi-  
ca hasta el punto de que todo el mundo  
le rindiese adoración ;

Aunque nosotros fuéramos como la  
hoja muerta ; aunque para agradar a  
César renegasen de todos nosotros ; aun-  
que el proscrito tuviera que ir mendi-  
gando de puerta en puerta ; aunque el  
destierro expulsase a los expulsados ;

No vacilaría ; seguiría pensando lo  
mismo, y sin lanzar una queja, tran-  
quilo, con el luto en el corazón, en el  
destierro te abrazaría, patria mía, que  
eres mi ídolo, que eres mi bandera.

Nobles compañeros, sigo profesando  
vuestro culto ; queridos desterrados, la  
República nos unirá para siempre ; glo-  
rificaré todo lo que ahora se insulta y  
llenaré de oprobio todo lo que ahora se  
bendice.

Seré siempre, bajo la cubierta de ce-  
niza que me cubre, la voz que exclama :—  
«¡ Eres nuestra desgracia !» y la boca que  
diga :—«No.» Y mientras tus criados te  
señalen el Louvre, yo te señalaré ¡ oh César !  
tu calabozo.

Ante las traiciones, ante las cabezas  
inclinadas, me cruzaré de brazos, in-  
dignado, pero sereno ; conservaré som-  
bría fidelidad a todo lo caído ; conozco  
mi fuerza y soy de bronce.

Sí, mientras esté allí, ya ceda, ya  
persista, Francia querida y siempre lle-  
rada, no pisaré tu patrio suelo, tumba  
de mis antepasados y nido de mis amo-  
res.

No pisaré tus orillas, Francia queri-  
da, y excepto mi deber, lo olvidaré to-  
do. Entre los que sufren plantaré mi  
tienda y permaneceré siendo proscrito,  
pero siempre firme.

Acepto el duro destierro, aunque no  
tenga fin ni término, sin criticar per-  
eso a los que han cedido y que yo crea  
dotados de mayor firmeza, ni a los mu-  
chos que se van, cuando debían permane-  
necer aquí.

Si en el destierro somos mil, con los  
mil estaré ; si solo somos ciento, con  
los ciento desafiaré a Sila ; si sólo que-  
damos diez, seré el décimo ; si sólo que-  
da uno, ése seré yo.

Jersey, 2 de diciembre de 1852.

blanca túnica, triunfas de tus dolores ;  
el trabajo suena en tus fraguas, el cielo  
te sonríe y los pitirrojitos cantan sobre  
los floridos ojia cantos.

LUX  
I  
¡ Tiempos futuros ! ¡ Visión sublime !  
Los pueblos han salido del abismo y  
han atravesado el inmenso desierto ;  
después de las arenas han encontrado  
llanuras tapizadas de césped, y la tierra  
es la esposa que se enlazó con el es-  
poso.

Ya las miradas se elevan y ven acer-  
carse el hermoso sueño que un día será  
realidad, porque Dios romperá todas las  
cadenas, porque el pasado se llama odio  
y el porvenir se llamará amor.

Desde ahora, entre nuestras miserias,  
germina el himno de los pueblos her-  
manos volando por las sombrías enra-  
madas ; como el pajarillo que la aurora  
despierta, el progreso, abeja tenebrosa  
de nuestras desgracias, fabrica la feli-  
cidad.

Mirad cómo se desvanece la noche :  
por el mundo que se emancipa, olvidan-  
do a los Césares y a los Capetos, en las  
naciones núbiles, abre la paz en el vas-  
to azul sus inmensas alas.

Por fin, Francia, surges de la esclavitud ;  
después de la orgía te ciñes la

El moho corroe las alabardas ; de las  
bombardas y de los cañones destrozados  
ni siquiera queda un pedazo bastante  
grande para que se pueda tomar en una  
fuente el agua que necesita beber un  
pajarillo.

Los rencores se han disipado ; a todos  
los corazones y a todos los pensamientos  
los anima un mismo deseo, forman un  
haz soberbio, y Dios toma para ligarle  
la vieja cuerda de la campana que to-  
caba a rebato.

En el fondo de los cielos oscila un  
punto brillante. Mirad cómo crece, cómo  
fulgura, cómo se acerca ; es rojo, es  
enorme. República universal, no eres  
aún más que una chispa, pero mañana  
serás un sol.

Fiestas en las ciudades, fiestas en los  
campos ; los cielos no tienen ya infier-  
no, las leyes no tienen ya presidios.  
¿ Dónde está el patíbulo ? Ese mon-  
struo ha desaparecido. Todo renace. La  
felicidad de cada uno se aumenta con  
la felicidad de las naciones. Ya no hay  
soldados que empuñen espadas, ya no  
hay fronteras ni fiscos, ni espada en

forma de cruz. La Europa, sonrojándose aún, exclama: — «¡Y yo tenía reyes!» y la América exclama a su vez: — «¡Y yo tenía esclavos!» La ciencia, el arte y la poesía han cortado todas las trabas en toda la humanidad. Ya no existen los males que sufríamos. Los pies libres del hombre han olvidado los grillos que los sujetaban. El mundo constituye una sola familia unida. El santo trabajo de todos se funde en armonía, y la sociedad, en la que resuenan infinitos himnos, acoge con júbilo el esfuerzo que hace el hombre más insignificante; el trabajo más humilde verificado en una cabaña conmueve al pueblo inmenso, que goza del beneficio de la luz; la humanidad, en su espléndida grandeza, agradece el don que recibe del más humilde trabajador; como las grandes encinas, llenas de hojas y de ramas, como los viejos cedros, frondosos y duros como el granito, al hacer en ellos su nido la curruca, se estremecen contentos y gozosos de que una avecilla les traiga una brizna de hierba.

¡Radiante porvenir! ¡vuelo universal! ¡El hombre se remonta a los cielos!

## III

¡Oh proscriptos, hombres sufridos, mis dulces y valientes compañeros!, muchas veces me habéis oído expresarme de este modo, y algunos de vosotros, más incrédulos que yo, me habéis replicado: — «Pierde la esperanza; aunque fuésemos hijos de una raza maldita, el cielo no sería más cruel para con nosotros. ¿Qué quiere decir esta inclemencia? ¿Por qué castigar al justo? La virtud se asombra y empieza a mirar

fijamente a Dios, que se oculta y aparta de nuestra vista. ¿Por qué ha de prevalecer la iniquidad y el crimen? No comprendemos los designios de Dios, no comprendemos cómo este Dios de las naciones deja brotar tantas alegrías y tanta desolación; no comprendemos tampoco cómo es que abriga tanta risueña esperanza.» — ¿Quién, ¡oh proscriptos!, hermanos míos, comprende ese inmenso ser misterioso? ¿Quién ha atravesado el espacio, la tierra, el agua, el aire, el fuego y la extensión donde el espíritu se remonta y puede decir: «He visto a Jehová?» ¿Quién puede decir yo le conozco, yo sé cómo ha creado al hombre, yo sé cómo ha formado la creación; yo he visto abrirse su manto invisible, lanzar de ella el invierno, el trueno y las tempestades, extender y recoger el negro manto de la noche, hacer nacer el embrión del alma, apoyar en las sombras el vacío, el polo del Selenitrón, disponer la hora en que las cosas suceden, hacer entrar la muerte en esta negra convidada, que llega sin ser invitada, en el banquete del rey festinado, crear la araña y su tela, pintar la flor, sazonar el fruto, sin perder una estrella conducir todos los astros en sus turnos, detener las olas en las playas, perfumar las rosas en el verano, demorar el tiempo como un manantial, hacer agua viva de las urnas de la eternidad, conseguir con un solo soplo estremecer el firmamento en toda su amplitud, como si fuese la frágil cabaña de un pastor, adherir los globos a las esferas con los lazos invisibles... ¿Quién puede decir que todas estas cosas son claras como la luz del día? Nadie. Todo es noche en nuestro corazón y en nuestros ojos. El hombre es un vano clarín que suena. Sólo Dios rige el timón del universo.

## IV

¡No dudemos! ¡Tengamos fe! Esperemos el fin de ese misterio. Dios sabe romper los dientes de las panteras y de los Neronos. Dios nos prueba, amigos míos. Tengamos serenidad y fe y marchemos hacia adelante. En el desierto, en los ardientes arenales, Dios hace crecer las palmas.

Responde, golondrina; responde, águila: ¿ignora el eterno los nidos que construís? ¿Sabe, ciervo, cuándo huyes? Zorro, ¿no ves brillar sus miradas entre la maleza? Lobo, cuando durante la noche se estremece la hierba, ¿no te dices «es El»?

¿Porque parece que su obra es sólo de persecución, porque entrega Roma al sacerdote, Jesús al jesuita y el bueno al malvado hemos de desesperar? No, no; El solo conoce el nombre de la semilla que germina en su campo.

Puesto que El todo lo sabe, ya que El todo lo puede y hace brotar el efecto de la causa, como el hueso de una fruta; puesto que puede introducir un gusano en las manzanas del árbol y hacer que derribe columnas de mármol el viento de la noche;

¿No posee El únicamente todas las certidumbres? El sólo llena el mundo que estudiamos, desde el nadir hasta el cenit; nuestra sabiduría comparada con la suya es demencia; en El empieza la claridad y concluye la sombra.

Puesto que azota al Océano, que muge como un toro bravío; puesto que todo lo ve; puesto que el hombre es ciego; puesto que El es nuestro centro, y nos lleva donde quiere, y a su paso el cometa se estremece, como tiembla una llama cuando pasa el viento;

¿No ve arrastrarse a la hidra sobre su vientre? ¿No ve hasta en el fondo de sus antros a Atlos y Pelión? ¿No conoce la hora en que la cigüeña emigra? ¿Sabe por dónde entras y por dónde sales, ¡oh tigre? ¿Conoce tu guarida, león?

Puesto que la noche le conoce, puesto que las tinieblas le ven, y cuando quiere salva la nave que zozobra, ¿cómo hemos de dudar de El nosotros, pueros y firmes, ufanos de nuestras angustias, que estamos de pie ante todas las tiranías y que sólo ante El doblamos nuestras rodillas?

\*  
\*\*

V

Es necesario, además, pensar que estamos atravesando días de amargura, pero que cuando extendemos los brazos en la bruma que nos envuelve, tocamos una mano; y que cuando caminamos encorvados por la cruz del martirio, oímos tras de nosotros una voz que nos anima, diciéndonos: — «Por ahí, ése es el camino.»

\*  
\*\*

Proscriptos, el porvenir es de los pueblos. La paz, la gloria y la libertad reaparecerán sobre sus carros triunfales de fulminantes ejes; el crimen que alcanzó la victoria sólo es humo y mentira. Os lo afirmo yo que medito, teniendo fija la mirada en el cielo.

\*  
\*\*

Los Césares son tan fieros como las olas del mar; pero Dios dice: — «Pondré una mordaza en su boca y un anillo en su nariz; los arrastraré, ya cedan o ya luchen con sus histriones y con sus juglares, hasta las tinieblas donde reposan los muertos.»

\*  
\*\*

Hablará así Dios, y el granito que comprimía la simiente se abrirá, y ellos y sus prosperidades desaparecerán en confusión arrastrados por el aquilón.

Desterrados, desterrados, he aquí que traerá el destino. Lo que trajo el flujo en el día señalado se lo llevará el reflujo. Los días aciagos pasarán disipándose como sombras, y los pueblos gozosos, exclamarán: — «Desaparecieron para siempre.»

\*  
\*\*

Tiempos felices brillarán, no sólo para Francia, sino para el mundo entero. Entonces, en la completa liberación funesta sola para el pasado, cantará la humanidad, coronada de flores, como señor que vuelve a su casa desierta, a la que fué expulsado.

\*  
\*\*

Los tiranos se extinguirán como meteoros; y como si de la noche nacieran dos auroras, en el mismo cielo azul veremos salir del abismo en que estamos sumidos, mezclando sus dos brillantes rayos, la fraternidad de los hombres y la paternidad de Dios.

\*  
\*\*

Os lo declaro, os lo repito, porque el clarín repite lo que dice la trompeta: todo será paz y luz. No habrá sierra ni proletarios, y desde lo alto del cielo manifestará a la tierra la Libertad majestuoso amor.

\*  
\*\*

El árbol santo del Progreso, que ayer era quimérico, crecerá, cubriendo la Europa y la América sobre los escombros del pasado, y dejando brillar el éter puro al través de su ramaje, aparecerá el día lleno de palomas blancas y la noche esplendorosa de estrellas.

\*  
\*\*

Y nosotros tal vez habremos muerto en el destierro, mártires ensangrentados, mientras los hombres que no han nacido aún vivirán satisfechos y felices a la sombra de ese gran árbol, y quizás nos despertarán para que besemos sus raíces desde el seno de nuestros sepulcros.

Jersey, 20 de diciembre de 1853.

## EL FIN

Jersey, 9 de octubre de 1853

Cuando iba a terminar estas páginas inflexibles, la guerra ha levantado la cabeza sobre los tronos, que se derrumban perdidos para sus salvadores, y he oído los terribles y bélicos clamores y he visto temblar a ese gran salteador de caminos. El rayo repentino deslumbró sus pupilas y se estremece de miedo

ante los Dardanelos, el cobarde. Gracias a nuestros hijos los soldados, que aunque infieles son valientes; mañana, sobre esa frente vil, sobre esa abyecta cimera, como águila que se cierne sobre inmundo estercolero, quizás alguna victoria ciega bata sobre ella sus alas. A pesar de su cobardía no tiene más remedio que combatir. ¡A batirte, pues, bandido! ¡Si es cosa dura, merecida la tienes! Dios te castiga, y después de revolcarte en el fango del crimen, tienes que ir a la guerra a empujones. Ni arrastrándose como perro que se niega a ir adelante, ni pidiendo perdón, ni lamiendo los pies de los cosacos del Don, puedes evitar un Austerlitz. No, Cartouche, no puedes evitar ser César; a la guerra, pues, falso león; lo exige así tu melena. He ahí el Rhin, el Elster y el Adige, y la fosa al lado de tu carro. La guerra es el fin, el fin deseado. Subo a la torre para oír tocar el formidable *Angelus* de la caída de la tarde, de la última hora de los reyes, de la primera hora de los hombres.

Derecho, progreso, libertad, que os creíais eclipsados para siempre, que invocaban nuestras voces extenuadas; al fin surgís; se disipa la obscuridad, y al través de las nubes se ven reaparecer las elevadas cumbres.

Volvemos a ver las cumbres de las revoluciones. Viejo mundo del pasado, márchate, vete; desaparecer es tu destino. El ángel de la espada de fuego, de pie detrás de ti, te la hunde por el flanco y te lanza en el abismo.

FIN DE LOS CASTIGOS